



Foto: MAAO

## LOS MAPOYO: UN PUEBLO PATRIOTA IGNORADO

*Esteban Emilio Mosonyi / María Suárez Luque*

Contrariamente a la creencia más generalizada, existen en el país pueblos y comunidades indígenas que en su momento estuvieron vinculados en mayor o menor medida con nuestras luchas independentistas de comienzos del siglo XIX y hasta llegaron a tener contacto, bastante cercano a veces, con los personeros más importantes del ejército patriota. En el caso de los mapoyo (wánai), pueblo karibe ubicado en el estado Amazonas, muy cerca del límite occidental del estado Bolívar, se conservan importantes testimonios procedentes de una relación directa e íntima con el General Páez y el mismo Libertador Simón Bolívar.

La zona de asentamiento propia de los mapoyo se encuentra en la faja de sabana comprendida entre el caño Caripo y el río Villacoa –afluentes del Orinoco Medio en su margen derecha– en el municipio Cedeño del estado Bolívar. Ese lugar está situado a unos 60 kilómetros de la población conocida como La Urbana, que, de acuerdo con los escasos registros históricos y etnográficos sobre esta sociedad, formaba parte del territorio ancestral mapoyo (wánai). Espacialmente, dicha área presenta una forma casi triangular y limita hacia el noreste con el río Suapure, al suroeste con el Parguaza y por el oeste con el Orinoco (Henley 1983: 221). Es de lamentar que en la actualidad el pueblo wánai –wánai es la autodenominación, pero la población criolla local los conoce como mapoyo– está conformado por una sola comunidad antiguamente llamada Caripo, y hoy día denominada El Palomo, por habitar allí una población considerable de esta especie de aves. El número aproximado de sus miembros se estima en 350 personas, distribuidas en 55 familias ubicadas en las orillas de la Carretera Nacional Ciudad Bolívar-Puerto Ayacucho.

En el presente, la mayoría de los wánai construyen sus casas en las llanuras pese a que la costumbre de sus ancestros era más bien levantar casas comunales en las montañas. Aparte de existir algunas viviendas rurales,

en la edificación de la denominada churuata el cemento se ha introducido como material de construcción, y la palma está siendo sustituida por acerolit. Las familias suelen constituirse en extensiva –organizada alrededor de la línea paterna, tanto directa como colateral– o nuclear –fundada en los progenitores y sus descendientes directos– encontrándose muchas de ellas dispersas entre Villacoa y la vía hacia Morichalito. Respecto al matrimonio, es cada vez más frecuente la unión de wánai con criollos e indígenas de otras etnias. Esto ha originado cambios importantes en la conformación de la estructura familiar donde el modelo foráneo, cuando no se opta por emigrar de la comunidad, termina imponiéndose.

La información concerniente a sus quehaceres económicos revela que estos se basan en la agricultura de tala y quema, siendo ella, en cuanto a los rubros alimenticios cosechados, casi idéntica a la realizada por los criollos; es decir, se dedican a cultivar maíz, yuca, ñame, arroz, plátano, caña de azúcar, cambur, piña, entre otros. Aun cuando la cacería y la pesca se mantienen muy replegadas como actividades, los animales obtenidos a través de ambas constituyen buena parte de su dieta diaria. Además suelen criar gallinas, cerdos y ganado. Muchas familias han conservado el hábito de preparar bebidas con las semillas provenientes de la gran variedad de palmas típicas del lugar –jugo de moriche, seje, manaca, yaraki– y muy pocas se dedican a la elaboración del casabe. No es de extrañar que por ser el área una zona maderera, la comunidad se agrupe para trabajar en la recolección y posterior venta de la madera. Los wánai también participan en la recogida de la sarrapia, la cual venden a los criollos procedentes de Ciudad Bolívar, Amazonas y otros estados. Lamentablemente, varios de ellos se han visto forzados a trabajar esporádicamente en las empresas cercanas para devengar un salario, mientras otros deben ir hasta el pueblo de Morichalito a ofrecer pescado y los productos de su siembra.

En lo tocante a su organización socio-política, en tiempos pretéritos era costumbre que hubiera un jefe principal quien ostentaba el título de iyáponi, además de los jefes de cada asentamiento –subordinados a éste– cuyo nombre era ẽhtẽwáihteri. Para ejercer estas funciones de liderazgo solo se aplicaba el criterio de la edad y la experiencia. Hoy día sigue existiendo la figura del Cacique como máxima autoridad, cuya jerarquía es heredada directamente del padre. Su objetivo fundamental consiste en preservar y mantener el equilibrio y la armonía en el pueblo. Sin embargo, hay una serie de requisitos exigidos para desempeñar este oficio, a saber: méritos, habilidades, compromisos, participación directa e interés en todos los asuntos concernientes a la etnia. La tradición señala que el Cacique saliente recurre



“Reclamo”. Foto: MAAO

a ritos de consulta espiritual, jugando un papel preponderante la naturaleza, la religión y la cosmogonía propia; se acude al uso de plantas medicinales –espirituales, tal como las llama Simón Bastidas, el actual Cacique– para determinar si el candidato en cuestión es idóneo para el cargo. Por regla general, en la designación el Capitán suele fungir como aspirante único. Es menester señalar lo siguiente: el Estado ha introducido, quizá precipitadamente, nuevas formas de organización social y política entre los pueblos indígenas. De hecho, los wánai cuentan con una Asociación Civil, siendo el Presidente elegido con el voto de todos los integrantes de la comunidad. Su mandato dura entre tres (3) y cinco (5) años aproximadamente, y el día de la elección se celebra una gran fiesta en honor a quien resulte ganador. En la actualidad también se han conformado Consejos Comunales y, más recientemente, se están creando Comunas Socialistas.

La mayoría de los investigadores están de acuerdo en clasificar el idioma wánai (mapoyo) como perteneciente a la familia karibe, además de considerarlo muy emparentado con los idiomas yawarana y tamanaku –este último ya extinto– y mucho más alejado del e’ñepá y el ye’kuana, ambos de la misma familia lingüística.

Dentro de la tradición oral mapoyo (wánai) se cuenta un evento –del cual, por supuesto, existen varias versiones– relativo a la consumación de un suicidio colectivo. Entre los relatos más difundidos se mencionan los escritos por Wavrin (1948) y Álamo Ybarra (1950), además de las historias conocidas por buena parte de la gente criolla, indígenas habitantes de la zona, y algunos miembros del propio pueblo mapoyo. Ahora bien, debido a la imposibilidad de referir aquí cada una de las interpretaciones del hecho por razones de espacio, diremos que, en términos muy genéricos, las mismas aluden como factor desencadenante a la muerte del Cacique o Capitán de la comunidad (para unos joven y fuerte; para otros, anciano y sabio). Respecto de la consecuencia más significativa provocada por este acontecimiento luctuoso, todos los relatos coinciden en señalar, como tal, el desamparo

colectivo al que se vio expuesta la aldea. Sin embargo, la oralidad es aun más heteróclita en este aspecto: en unos casos, debido al elevado prestigio del líder, el caserío fue presa de la falta de orientación e incapacidad para defenderse, mientras que en otros se arguyen motivos estrictamente mágico-religiosos. A pesar de lo anterior, la tradición no difiere en cuanto a la forma como se mataron ni sobre el sitio donde tuvo lugar el suicidio.

Las fuentes coloniales coinciden en presentar al pueblo mapoyo como guerrero y de espíritu rebelde, por el hecho de haber combatido permanentemente contra el Imperio Español para resguardar su independencia y libertad. Esto entra en consonancia, por cierto, con las características más generales de los pueblos karibe, de índole más irreductible que la mayoría de los indígenas hallados por los españoles a su paso. Por algo, la Conquista de Venezuela duró mucho más tiempo y atravesó más avatares que la de países como México o Perú. Con estos antecedentes no puede extrañarnos, que las comunidades mapoyo de inicios del siglo XIX, más fuertes y numerosas que en la actualidad, hicieran causa común con el ejército patriota, aun cuando la información disponible esté entretejida con leyendas presentes en la oralidad mapoyo. Sin embargo, tales narraciones heroicas –transmitidas de una a otra generación– han contribuido de manera importante a conservar y fortalecer la identidad étnica de los mapoyo, incluso a pesar de haber perdido parte de su cultura y el uso cotidiano de su idioma.

Lo cierto es que existen testimonios irrefutables de su participación en la Guerra de Independencia celosamente guardados por los capitanes cuyo cargo, al menos en la comunidad de El Palomo, es hereditario. Según la versión recogida por Paul Henley, el capitán Paulino Sandoval recibió del General Páez una punta de lanza y de Simón Bolívar una espada acompañada de un Documento, el cual le otorgaba en propiedad todas las tierras comprendidas entre los ríos Suapure y Parguaza, por el cúmulo de favores prestados a la causa patriota (Henley 1983: 225). Estos objetos pasaron luego de padre a hijo, para convertirse en la reliquia más importante que posee hoy la comunidad mapoyo, ya muy disminuida y en opinión de algunos académicos en peligro de desaparecer. Es de lamentar que el Documento, todavía visto y apreciado por varios investigadores, se haya quemado en un incendio, cuyo origen y razones aún no están claros.

Está por realizarse un estudio detallado sobre la oralidad mapoyo y otros aspectos de su cultura ancestral y realidad más reciente; todo lo cual contribuirá por una parte a un mejor conocimiento científico y humano de este pueblo, mas también, aun en mayor grado, al fortalecimiento de su autoestima y a su capacidad de resistir los embates del presente y asu-

mir una perspectiva de futuro, conforme a sus mejores aspiraciones. Esto suena utópico pero es utopía concreta. Hoy día no se extinguen pueblos sin oponer resistencia, e incluso aquellos aparentemente olvidados por la Historia –léanse gayón, ayamán, jirajara de nuestro Centro-Occidente– van apareciendo de nuevo con sus identidades, idiomas, exigencias territoriales y otros atributos que hicieren falta para un porvenir digno de estos pueblos y comunidades con larga tradición de lucha. Ello es válido, por supuesto, para la única comunidad mapoyo realmente existente llamada El Palomo, ya que el resto de la etnia parece haber sido absorbido por el mestizaje. Para traducir esta afirmación a un lenguaje más diáfano y comprensible, los mapoyo actuales no solo no han recibido jamás las tierras otorgadas por el Libertador, sino que están expuestos en forma permanente a las arremetidas de los terratenientes y ahora de las compañías mineras, especialmente Bauxilum, quienes apetececen lo poco que les queda de su antiguo territorio.

Se evidencia que si bien los mapoyo han sido buenos patriotas y ciudadanos ejemplares, la República nunca les ha retribuido esas cualidades. Por el contrario han vivido confinados, discriminados, con sus tierras, labranzas y territorios sagrados mermando cada día, en medio de un racismo indigno de nuestro pueblo venezolano, bajo cuya égida al indígena se le reduce al estatus de irracional. De este modo no resulta nada extraño que, en medio su heroica resistencia, los mapoyo hayan ido perdiendo no obstante una buena parte de su cultura distintiva y sobre todo el idioma –de la familia karibe casi idéntico al yawarana–, el cual, según los “expertos”, está a punto de extinguirse. Si nos fijamos en los criterios meramente técnicos, es difícil no darles la razón, pues no quedan más de dos hablantes relativamente competentes junto a media docena de semihablantes, mientras algunos recuerdan una u otra palabra. Pero ellos y ellas sí quieren recuperar el idioma nativo y la parte olvidada y reprimida de su cultura. Con tal fin se han venido organizando hace por lo menos dos décadas realizando reuniones y talleres, asociándose con investigadores universitarios como la lingüista María Eugenia Villalón y la socióloga Esperanza Gualdrón. Somos testigos presenciales de que algunos maestros e integrantes de la comunidad están comenzando a escribir el mapoyo y a trabar tímidamente algunas frases, y este es solo el comienzo.

Para completar y respaldar estas reflexiones es importante citar algunos testimonios de los propios indígenas mapoyo, deseosos de recuperar su patrimonio lingüístico y cultural, en su lucha diaria por perpetuar su identidad tan amenazada hace siglos. Por ejemplo, el Cacique Simón Bastidas expresa su sentir en las palabras siguientes:

“...en verdad, con esto que estamos luchando ya nos llegó la hora de darle la iniciativa a lo que nosotros nos interesa, nos interesa mucho la lengua porque esto se está terminando, ya casi terminada, y el único que nos queda es Secundino Reyes que se ha nombrado como profesor de la lengua... Es necesario como les dije a los niños y a todos los viejos que estén interesados, que aprendan porque lo primero que nosotros que tenemos que presentar es la lengua de nosotros, los niños tienen que aprender, los maestros deben aprender porque ellos son los que van a quedar en esta generación... El día que Candecho (José Reyes) desaparezca también, que Dios lo necesite, tiene que quedar un maestro de lengua, para seguir adelante y ese gran entusiasmo que tenemos y alegría con esto, y le dije ahí que respetaran a Candecho, profesor, no agarrarlo de mamadera de gallo...”

Junto a esta retórica espontánea y sentida del Cacique, oigamos también algunas frases de una señora mayor, hablante de la lengua, Eladia Ramona Bastidas:

“...usted no ha escuchado a los parientes piaroa que están aquí, los más chiquitos hablan, porque la mamá y el papá les hablan en lengua, porque eso es lo que saben hablar... Yo por eso les estaba diciendo a ellos, ustedes tienen que ir mañana ya pa’ clase; porque Candecho va a empezar mañana y lo único es que vayan poniendo atención, lo que está diciendo Candecho, una lengua que el finado me dijo que mira Dominga vamos, pa’ enséñate pa’ nosotros hablar porque yo no encuentro con quien hablar, me dijo él... Yo te enseñaré a hablar el idioma mío y entonces nos hablamos nosotros, entonces le digo yo, ah y no es eso muy trabajoso hablar esta lengua... Hay unas palabras que ustedes van a hablar de la lengua, lo que habla Candecho, ustedes que son pequeños eso quiebra la lengua pa’ hablar, con tal de que no tengan pena, porque ahí hay unos que tienen pena; no se atreven a hablar... Bueno eso yo les estaba diciendo, eso es lo que a ustedes le va a quedar, pa’ que ustedes sepan quiénes son, les digo yo: el único que queda es Candecho, la mamá que echaba lengua murió, la tía y el tío también, le queda un tío pero ese está enfermo ya... Yo les digo tengan interés, eso cuando les diga Candecho cómo se llama esa gallina, cómo se llama el otro

animal... Esa gallina se llama mapararu y ese perro se llama beroro.”

Aprovecharemos estas últimas palabras dichas en idioma mapoyo para hacer una breve reflexión sobre las relaciones existentes entre las lenguas ancestrales y los ecosistemas que rodean y albergan a los pueblos indígenas hablantes. Más que en la estructura gramatical, esa ósmosis se concreta mayormente en el vocabulario, la discursividad y la pragmática de cada sistema lingüístico, sin olvidar las formaciones onomatopéyicas de carácter fonológico como evidentemente lo es mapararu para la habitual tonadilla de la gallina, que en español sonaría quiquiriquí. Como todo idioma indígena, karibe o de otra familia, el mapoyo exterioriza con lujo de detalles todas las características y particularidades de la fauna y flora local, además de reproducir las conexiones –incluyendo el trabajo humano– entre los distintos elementos ecosistémicos. Pero para este idioma, poco estudiado y semiextinto, sería prematuro ahondar en este tema, guardando siempre la esperanza de poder profundizar más adelante con el avance de la investigación-acción de índole interdisciplinaria y participativa que se está emprendiendo.

Tal como los años de Sinamaica y otras sociedades en situación similar, también los mapoyo podrán acceder a importantes metas de revitalización lingüística y cultural, mas para ello es insuficiente su temple voluntarioso y la labor desplegada al interior de la comunidad. Es preciso, diremos vital, que el Estado a través de sus instituciones asuma de una vez por todas su verdadero compromiso expresado en la Constitución y en un número de disposiciones legales que ojalá las poseyeran otros países. Con el mejor ánimo constructivo, parece ineludible introducir aquí una severa crítica a las políticas incluso actuales del Estado venezolano, el cual ha permanecido insensible e inmovible frente a la tragedia etnocida que contemplamos con el desangramiento de la cultura mapoyo. Ya en otros países y aun en Venezuela ante realidades similares, esa indiferencia secular viene dando paso a acciones institucionales concertadas y planificadas, a veces con apoyo internacional. Así se daría cumplimiento a tantas declaraciones y normativas que aparentemente protegen y amparan, especialmente a partir del presente siglo, todas las manifestaciones de diversidad cultural y lingüística que hacen habitable nuestro mundo, evitando de esa manera la espantosa globalización ya configurada en el casco central de algunas urbes de distintos continentes, las cuales se distinguen cada vez menos entre sí. Reflexionemos además sobre el contenido de un artículo de la Ley de Patrimonio Cultural de los Pueblos y Comunidades Indígenas, que en su Artículo 8 establece lo siguiente: “Se reconoce y protege como patrimonio

vivo de la nación a los ancianos y ancianas indígenas, que transmitan sus idiomas, voces, cantos, leyendas, creencias, cuentos, ritos y otras expresiones, enseñanzas culturales e históricas, los cuales serán incluidos en el Sistema Educativo Nacional, a través de la educación intercultural bilingüe mediante los planes, programas, proyectos y actividades, que a tal efecto dicte el ministerio competente.”

En el caso del pueblo mapoyo desgraciadamente no ha sido así, pero todavía estamos a tiempo de reparar parte del daño en cuya comisión tal vez todos seamos cómplices. En nuestra percepción, le toca ahora al Estado venezolano superar la crisis existencial de este pueblo, echando a andar un proyecto de recuperación integral, definitivo e irreversible.

## OBRAS CONSULTADAS

- Gualdrón, Elsa E. 2007. Proceso de aculturación y lenguaje en la etnia mapoyo. Caso de estudio (Comunidad El Palomo). Una aproximación social a la realidad indígena. Año 2004-2006. Tesis de Grado (inédita). Barinas: UNELLEZ
- Henley, Paul. 1983. Los wánai (mapoyo). En Lizarralde Roberto y Haydée Seijas (Edits.), Los aborígenes de Venezuela. Etnología contemporánea. Vol. II. Págs. 217-241. Caracas: Fundación La Salle de Ciencias Naturales.
- León Pineda, Rubén D. 2009. Comunicación personal al Profesor César Quintero, Director de Educación Intercultural [hojas desplegadas].
- Ley de Patrimonio Cultural de los Pueblos y Comunidades Indígenas. 2009. Gaceta Oficial de la República Bolivariana de Venezuela, 39.115, febrero 6, 2009.
- Perera, Miguel A. 1992. Los últimos wánai (mapoyo), contribución al conocimiento de otro pueblo amerindio que desaparece. Instituto de Investigaciones de la FaCES-Universidad Central de Venezuela. Caracas: UCV.